Extrait du El Correo

<http://www.elcorreo.eu.org/Entre-el-Humanismo-y-la-irresponsabilidad-moral>

Entre el Humanismo y la irresponsabilidad moral.

- Reflexions et travaux -

Date de mise en ligne : mercredi 7 mars 2007

Copyright © El Correo - Tous droits réservés

Por alguna razón, la frase "la violencia engendra violencia" se popularizó en todo el mundo al mismo tiempo que su significado implícito se mantenía restringido a la violencia del oprimido. Es decir, la violencia del amo sobre el esclavo es invisible en un estado de esclavitud, como en un estado de opresión la fuerza que lo sostiene usa todos los medios (ideológicos) para no perder esta categoría de invisibilidad o -en caso de ser descubierta- de naturalidad.

Dentro de ese marco invisible o natural, el esclavo cubano Juan Manzano se refería con nostalgia a sus primeras amas : "tuve por allá a la misma señora Da. Joaquina que me trataba como a un niño, ella me vestía, peinaba y cuidaba de que no me rozase con los otros negritos de la misma mesa como en tiempo de señora la marquesa Justis se me daba mi plato que comía a los pies de mi señora la marquesa". Luego vinieron los tiempos malos, donde el joven Juan era castigado con el encierro, el hambre y la tortura. Pasado el castigo, comía "sin medida" y por este pecado se lo volvía a castigar. "No pocas veces he sufrido por la mano de un negro vigorosos azotes", recordó en su *Autobiografía de un esclavo* (1839), lo que prueba la perfección de la opresión aún en un estado primitivo de producción y educación.

Este tipo de esclavitud se abolió en las leyes escritas de casi toda América Latina a principios del siglo XIX. Pero la esclavitud del mismo estilo se continuó en la práctica hasta el siglo XX. El ecuatoriano Juan Montalvo advertía que "los indios son libertos de la ley, pero ¿cómo lo he de negar ?, son esclavos del abuso y la costumbre". Y luego : "palo que le dan para que se acuerde y vuelva por otra. Y el indio vuelve, porque esa es su condición, que cuando le dan látigo, temblando en el suelo, se levanta agradeciendo a su verdugo : 'Diu su lu pagui, amu' [...] Las razas oprimidas y envilecidas durante trescientos años, necesitan ochocientos para volver en sí" (*Los indios*, 1887).

Por su parte, el boliviano Alcides Arguedas, en *Pueblo enfermo* (1909), reconocía que los hacendados de su país se negaban a desarrollar el ferrocarril porque los indios llevaban sus cosechas de una comarca a la otra a precio de nada y, por si fuese poco, la honestidad de éstos los hacía incapaces de robar un buey ajeno. Bastaría sólo este ejemplo para demostrar que las ideologías de las clases dominantes se enquistan en la moral de los oprimidos (como el hecho de que un analfabeto maneje complejas reglas gramaticales demuestra la existencia de un conocimiento inconsciente). Otro Arguedas, el peruano José María Arguedas, nos dejó una pintura viva de esta cultura del indio-pongo [\[1\]](#), el liberto sin salario, en *Los ríos profundos* (1958).

Según el boliviano Alcides Arguedas, los soldados tomaban a los indios de los pelos y a fuerza de sablazos los llevaban para limpiar cuarteles o les roban las ovejas para mantener a una tropa del ejército que estaba de paso. Para que nos quede claro que la opresión se sirve de todas las instituciones posibles, en el mismo libro leemos la cita a un escrito de la época que informaba, refiriéndose a uno de estos condenados por la historia, que "el buey y su hijo de siete años están embargados por el cura á cuenta de los derechos del entierro de su mujer". Y más adelante : "Exasperada la raza indígena, abatida, gastada física y moralmente, inhábil para intentar la violenta reivindicación de sus derechos, hase entregada al alcoholismo de manera alarmante. [...] Al indio no se le ve reír nunca sino cuando está ebrio. [...] su alma es depósito de rencores acumulados de muy atrás, desde cuando, encerrada la flor de la raza, contra su voluntad, en el fondo de las minas, se agota rápidamente, sin promover clemencia en nadie [...] Hoy día, ignorante, degradado, miserable, es objeto de la explotación general y de la general antipatía". Hasta que un día explota "oyendo a su alma repleta de odios, desfoga sus pasiones y roba, mata, asesina con saña atroz". Y como la violencia no puede quedar impune, "van los soldados bien municionados ; fusilan á cuantos pueden ; roban, violan, siembran el pavor y espanto por donde pasan". En esta cultura de la opresión, la mujer no puede ser mejor : "ruda y torpe, se siente amada cuando recibe golpes del macho ; de lo contrario, para ella no tiene valor un hombre."

Un año después, en diversos artículos aparecidos en diarios de La Paz y reunidos en el libro *Creación de la pedagogía nacional*, Franz Tamayo responde a algunas conclusiones de Arguedas y confirma otras : "el trabajo, la justicia, la gloria, todo se miente, todo se miente en Bolivia ; todos mienten, menos aquel que no habla, aquel que

obra y calla : el indio". Luego : "Aun los blancos de cierta categoría dijeron de maldiciones divinas, y los curas de pueblos y aldeas propalaron entre sus ignorantes feligreses indios, enojos de Dios contra la decaída raza y su deseo de hacerla desaparecer por inobediente, poco sumisa y poco obsequiosa" (1910). Está de más decir que en lugar de Bolivia podríamos escribir cualquier otro nombre de país latinoamericano y no violentaríamos la verdad de la frase.

El amo es visualizado como un ser puro y bondadoso cuando concede un beneficio inusual al esclavo, como si poseyese un poder divino para administrar el derecho ajeno. Tal vez podríamos aceptar cierta bondad del opresor si considerásemos un contexto particular. El punto es que no les exigimos a los antiguos feudales que piensen como nosotros ; nos exigimos a nosotros mismos no pensar como los antiguos feudales, como si no existiese una experiencia histórica en el medio.

Desde un punto de vista humanístico, la violencia del esclavo es siempre engendrada por la violencia del amo y no al revés. Pero cuando imponemos la idea de que la violencia del esclavo engendra más violencia, estamos igualando lo que no es igual para mantener un orden que, de hecho y en su discurso, niega la misma igualdad humana.

Por esta razón, así como a mediados del siglo XX los reaccionarios de todo tipo asociaban, por estrategia, la integración racial con el comunismo para revindicar el apartheid como sistema social, así también hoy asocian los principios humanistas con una determinada izquierda política. Los conservadores no pueden comprender que parte de su tan mentada responsabilidad personal es pensar de forma global y colectiva. De otra forma, la responsabilidad personal es sólo egoísmo, es decir, irresponsabilidad moral.

Si recién en 1972 René Dubos acuñó la famosa frase, "Piensa globalmente, actúa localmente", el pensamiento reaccionario ha practicado siempre una fórmula moral inversa : "Piensa localmente, actúa globalmente". En otras palabras, piensa como un provinciano en los intereses de tu aldea, de tu clase, y actúa como un imperialista que va a salvar la civilización como si fuese el brazo armado de Dios.

Si los amos insisten tanto en las ventajas de la competencia, ¿por qué exigen tanta cooperación de los esclavos ? Porque se necesita más que todas las armas del mundo para someter a un pueblo entero : es la desmoralización del oprimido, la ideología del amo, el miedo del esclavo y la colaboración del otro medio pueblo que funciona de punto de apoyo de la palanca de la opresión. De otra forma, no se podría comprender cómo unos pocos miles de aventureros españoles conquistaron, dominaron a millones de incas y aztecas y destruyeron siglos de sofisticadas culturas.

En muchos momentos de la historia, desde las llamadas independencias de los países americanos hasta la liberación de los esclavos, con frecuencia la única salida fue el uso de la violencia. Queda por averiguar si este recurso es siempre efectivo o, en ocasiones, sólo agrava el problema inicial.

Yo sospecho que existe en la historia un coeficiente de progresión crítica que depende de las posibilidades materiales -técnicas y económicas- del momento y de la madurez mental, moral y cultural de los pueblos. Un estado ideal del humanismo, según se ha desarrollado desde el siglo XV, debería ser un estado social perfectamente anárquico. No obstante, pretender eliminar la fuerza y la misma violencia del Estado sin haber alcanzado el desarrollo técnico y moral suficiente, no nos haría avanzar hacia esa utopía sino lo contrario ; retrocederíamos algunos siglos. Tanto un avance revolucionario que pretenda sobrepasar ese parámetro de progresión crítica como una reacción conservadora, nos conducen a la frustración histórica de la humanidad en su conjunto. Me temo que hay ejemplos recientes en América Latina donde, incluso, el opresor organizaba la violencia del oprimido para legitimar y conservar sus privilegios de opresor. Este refinamiento de las técnicas de dominación tiene una razón de ser. En un punto de la historia donde la población cuenta, no sólo en los sistemas de democracia representativa sino, incluso, en algunas dictaduras, la construcción de la opinión pública es una pieza clave, la más importante, en

la estrategia de las elites dominantes. No por casualidad la mal llamada universalización del voto en el siglo XIX fue una forma de mantener el *statu quo* : con una escasa instrucción, la población era fácil de manipular, especialmente fácil cuando creía que los caudillos eran elegidos por ellos y no por un discurso previamente construido por la oligarquía, discurso que incluía ideoléxicos como patria, honor, orden y libertad.

The University of Georgia

[El Correo](#). Paris, 2 de marzo de 2007.

Post-scriptum :

Nota :

[1] **Indio-pongo** : Indígena que trabaja gratuitamente en la casa-hacienda. La hacienda como unidad de producción aparece en el siglo XVIII y se perfecciona durante el siglo siguiente dando lugar a un sistema denominado "sistema de hacienda", este funciona a la vez como mecanismo de reproducción y de dominación social. Es en ese sentido se considera el sistema de hacienda como la matriz de la sociedad y del Estado en América Latina. La hacienda sentó las bases para la constitución de los Estados Oligárquicos y moldeó un tipo particular de comportamiento de los sectores dominantes : el *modo de ser oligárquico*. También el sistema de hacienda genero un conjunto de prácticas sociales cuyas rasgos característicos son la sumisión y la obediencia.